



Buenos Aires, mayo de 2019

Circular Nº 593

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos un extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Jorge Franco.

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.”

(Juan 16: 13-14)

Cuando podemos estar como hoy bajo la bendición de Dios, hay muchas variables, está por un lado Dios y por el otro nosotros con nuestros deseos y necesidades, y por supuesto la fe en el medio de todo. Cuando esto sucede también en el ámbito cotidiano en que nos movemos, será entonces que a través de nuestra sincera fealdad, nuestro Padre Dios se va a presentar y nos va a responder.

Esto lo podemos tener todos como una hermosa experiencia. Por supuesto que el Servicio Divino es para nuestra alma algo central de nuestra vida de fe. Se desarrolla en base a un texto bíblico y de esa palabra nos nutrimos todos.

Todos escuchamos lo mismo, pero lo que le llega a cada uno, cada detalle, cada expresión, es lo que uno necesita de parte de Dios. Estas son cosas de Dios, no nuestras. Son los pequeños grandes misterios de su Obra. Si todo lo hiciéramos nosotros, no sería la Obra de Dios y no nos serviría para el propósito que Él tiene para con su pueblo.

Y un punto esencial de la fe es nuestra meta: la vida eterna junto a nuestro Padre del cielo.

Pero Él no solo está esperándonos sino que está con nosotros, conduciéndonos. Qué alegría nos da ser cristianos creyentes y haber ingresado a la Obra redentora de Dios. No solamente ingresar sino permanecer, porque el tiempo de permanencia es el tiempo de gracia que Dios nos da para que lo podamos comprender cada día un poco más.

Entonces uno dice: “yo voy a la Iglesia porque creo”. Sí. No obstante, uno tendría que sumarle el luchar, el avanzar, el aprender, el experimentar y así mantener la fealdad a Dios.

Estos versículos que hemos leído, son palabras de Jesús en una instancia muy decisiva, previo a ser aprehendido y crucificado. Él preparaba a sus discípulos en forma especial. Sus conversaciones previas eran muy determinantes, muy claras, así quedó registrado en la Sagrada Escritura. Reconocemos que esto lo permitió Dios y ese testimonio es para nuestra bendición y desarrollo espiritual.

Aquí habla del Espíritu Santo. Es lo que sucedería después de que ascendiera al cielo, en Pentecostés, y tiene la trascendencia de una situación muy grande, muy especial. Les dice a sus discípulos que no estaría más con ellos, que debía irse. Entonces estaban tristes, preocupados. Habían vivido un tiempo muy especial con Jesús. A pesar de que muchas veces no lo entendían. Pero lo reconocían, como cuando Pedro le dijo:

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6: 68).

Muchos se fueron pero él fue claro. Y Jesús le dijo que eso no se lo había revelado ni carne ni sangre, sino el Espíritu Santo. Allí ya empezamos a ver la importancia de recibir el



Espíritu Santo. Nos da testimonio a nosotros mismos de que somos hijos de Dios. Si esto no fuera así, si el Espíritu Santo no estuviera activo en nosotros o si no lo alimentásemos con la palabra de Dios y el Sacramento, uno podría tomarlo como una costumbre, no sería una vida nueva espiritual en desarrollo.

En unos versículos anteriores Jesús expresa: *“Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar”*. ¿No nos pasa también a nosotros, en el tiempo que hemos vivido como hijos de Dios, como miembros de la Iglesia, que hoy entendemos cosas que antes no entendíamos? Y mañana entenderemos otras cosas que hoy no entendemos. Recuerdo que el Pastor dirigente de la comunidad nos decía algo muy significativo: “Hoy entendí el Padre Nuestro”. Se trata de comprender el verdadero significado de cada palabra y eso nos puede pasar a todos. Entendemos el valor de la oración, el valor de la ofrenda, del Servicio Divino, del perdón, el valor de la Santa Cena, de la comunión. Pero eso no implica años sino momentos, estados en los que Dios permite que eso sea una realidad en nosotros.

Por eso, no se trata de una obligación de ir a la Iglesia, sino de la continuidad que le damos nosotros mismos a nuestra propia vida de fe al estar cerca de Dios. Seguir creyendo en Dios, seguir buscándolo.

Los discípulos aún no habían recibido al Espíritu Santo, pero entonces Jesús les decía: *“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad”* (Juan 16:13). El Espíritu Santo como parte de la Trinidad obró siempre. En este tiempo de gracia que nos toca vivir, Jesús no está en forma física, pero obra el Espíritu Santo, nos cuenta y enseña las cosas de Dios. Una de las tareas que tiene hoy es esa. Ya el Apóstol Pablo decía a la comunidad de Corinto que el Espíritu Santo descubría las cosas de Dios, cosa que el espíritu humano no puede hacer (comparar con 1 Corintios 2:14), porque le parecen locura, cosas increíbles, que no pueden ser. No cabe en nuestra mente.

El Espíritu Santo lo habla y lo explica con la palabra. Entonces nosotros, que llevamos parte de Dios, porque Él vive en nosotros a través del don del Espíritu Santo, podemos comprender cosas.

La primera enseñanza es que Jesús es Dios, y mostró a Dios. Jesús como verdadero hombre y verdadero Dios, era una persona llena de amor y de gracia. Pues Dios es un ser lleno de amor y de gracia. Él nos comprende, nos perdona y nos espera. Esto nos lo enseña hoy por el Espíritu Santo.

También nos enseña que Jesús es el camino, la verdad y la vida. Pero que el Espíritu Santo nos lo enseñe significa que tenemos la oportunidad de creerlo, vivirlo y seguirlo. Y así como nos enseña las situaciones concretas que vivió Jesús, hasta el punto máximo cuando estaba en la cruz, también nos hace ver que a nosotros no nos son ahorradas las circunstancias, siendo esto, muchas veces, parte de nuestra acreditación espiritual.

Entonces el Espíritu Santo toma de lo que oye en el reino de los cielos, “porque no hablará por su propia cuenta” dice el texto, y a veces nos recuerda cosas. Porque aunque las hayamos oído, tal vez hoy las comprendamos, pues quizás hoy nuestra sensibilidad es otra y entonces hoy nos sirva. Eso lo sabe Dios.

Otra tarea del Espíritu Santo es consolarnos. Nos enseña cosas para que tengamos consuelo, nuevas fuerzas y confianza. Por ejemplo aquellas últimas palabras de Jesús con sus discípulos: *“Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”* (Mateo 28:20). Es una palabra conocida, pero, ¿lo creemos? Que Jesús está contigo, conmigo, con nosotros, todos los días. Es decir que hoy también está con nosotros. Ayer estuvo también



contigo y mañana también lo va a estar. Esa es otra verdad que nos enseña el Espíritu Santo.

Luego nos enseña que Dios conoce todas las situaciones del mundo viviente y también del mundo que no vemos. Él las contempla y las permite. Él tiene en su mano poderosa todas las situaciones que han de venir. Él establece los tiempos para que esas situaciones sean permitidas o no. Y hay un acontecimiento, dentro de esas situaciones, maravilloso: la venida del Señor. Es lo que esperamos, pero no solo eso, sino con el agregado de que queremos estar. Todos tenemos errores, por eso recibimos el perdón de los pecados y luego participamos de la Santa Cena. Pero como dice un himno, aquello que falte Dios lo dará.

Dios ve nuestro corazón, nuestras intenciones, nuestros deseos. Uno a veces puede perder la confianza, el entusiasmo, muchas cosas, pero en el corazón está el deseo y eso Dios lo ve y ayuda. Eso tiene que ser un consuelo para nosotros: ¡Dios conoce todas las cosas!

Entonces, el Espíritu Santo nos enseña, nos consuela, nos recuerda el plan de salvación de Dios permanentemente. Por eso es necesario. Y nos recuerda que estamos viviendo el tiempo de gracia que antecede al retorno del Señor.

Algo más: nos prepara a través de la palabra y del Sacramento. También en las experiencias, en las oraciones respondidas y por medio de las circunstancias que Dios permite en nuestra vida. A veces estamos felices porque se nos dio algo que estábamos esperando y entonces decimos “qué maravilloso, ahora voy a creer en Dios”. Pero hay días buenos y otros que no lo son tanto, ¿cuál es tu posición de corazón? Dios nos puede enseñar y probar en los problemas y en la bonanza.

Al leer el versículo 14, me preguntaba: como hijo de Dios, ¿glorifico a Dios? ¿Qué significa glorificar? Es tratar de dar buenos frutos conforme a lo que Dios nos da. Porque el Espíritu Santo tiene dones, esto lo sabemos (y lo podemos leer en Gálatas 5:22). Son dones de Dios que son incluidos cuando somos sellados con el don del Espíritu Santo. En qué medida esto se manifiesta, depende de cada uno. Somos responsables de nuestra propia alma, una parte la tenemos que hacer nosotros, no lo hace todo Dios.

También glorificar a Dios es quedar fiel. Y para ello debemos tomar de lo suyo, es decir lo que viene a través del Espíritu Santo, en cada Servicio Divino, en cada oración, en cada experiencia que podemos vivir como hijos de Dios. Tiene que producir un movimiento interior. Hablamos de esa nueva criatura, no se trata solo de conocer la historia de Jesús, los sucesos bíblicos, el plan de salvación, sino que nos respaldamos en todo eso, **pero tenemos que crecer en nuestro presente para lograr nuestro futuro**. Jesucristo dijo: “*El que cree en mí, tiene vida eterna*” (Juan 6:47). Pero se trata de creer en todo, no solamente en una parte. Y en ese todo, creemos también en su retorno y nos preparamos para ese día.

* * *